

## Concesión de la medalla de la Universidad al P. Dean Brackley

P. Andreu Oliva S. J.\*

El 8 de noviembre, la Junta de Directores de la UCA concedió la medalla José Simeón Cañas, a título póstumo, al P. Dean Brackley, por su compromiso universitario con la solidaridad y la justicia en el mundo.

Al entregar póstumamente la medalla de la Universidad al P. Dean Brackley, en este 22 aniversario de nuestros mártires, quiero recordar brevemente algunos aspectos de su vida, tan generosa y tan fructífera. El P. Dean, Dino –como le decíamos amistosamente–, fue de los primeros en ofrecerse para venir a El Salvador cuando fueron asesinados Elba, Celina y los seis jesuitas de la UCA y Fe y Alegría. El propio superior general de la Compañía de Jesús lo recomendó entre los más de cien que se ofrecieron, como uno de los más idóneos para venir a El Salvador. Su generosidad, espíritu de sacrificio y coraje lo hacían apto para venir a estas tierras de tiempos recios y duros, en los que era necesario vivir la fe cristiana sin que la muerte fuera un estorbo para la acción y el compromiso.

Dean vino a El Salvador e inmediatamente entró en acción. Asumió clases, tanto en la maestría como en el profesorado, aceptó vivir con estudiantes jesuitas, sustituyó al P. Martín Baró en la parroquia de Jayaque y comenzó a atender a delegaciones norteamericanas, buscando solidaridad y unión entre los pueblos en esa larga lucha por la justicia y la convivencia pacífica que nuestra fe nos pide. Defensor de la paz, de los Derechos Humanos, de la dignidad pisoteada de las mujeres, de los empobrecidos y marginados de nuestras tierras, Dean vivía a fondo el dicho que San Pablo atribuye al Señor Jesús: “Hay más felicidad en dar que en recibir”. Y, sin embargo, nuestro hermano y compañero universitario sentía que recibía mucho más de lo que daba y mantenía una actitud de permanente agradecimiento a los más pobres y sencillos, tanto en su vida de fe como en sus dimensiones de universitario y ciudadano comprometido con la justicia social y la lucha contra las estructuras de pecado de nuestra sociedad. Como buen jesuita que era, optaba radicalmente por “el servicio de la fe, del cual la promoción de la justicia es una exigencia absoluta” (Congregación General 32, d.4, n.2).

\* Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” y director de ECA.

Su mayor aporte a la vida universitaria y al país fue, sin duda, su testimonio de un hombre con una inmensa capacidad de amar y de entregarse a los demás. Pero hoy le damos la medalla de la Universidad porque esa generosidad cristiana y jesuítica que le caracterizaba mantenía en todo momento la dimensión de un verdadero universitario, amante del saber y del conocimiento. En él se hacía patente la capacidad de servicio que el conocimiento tiene cuando se recibe y se da desde la generosidad y desde el análisis estructural de la realidad.

Dean, en efecto, se multiplicó no solo en la docencia, en la que servía con dedicación y generosidad, también en la investigación y en la proyección social. Profundizaba en la investigación de la espiritualidad ignaciana para encontrar, en nuestras propias raíces, los principios de fe y justicia que nuestra misión actual exige. Sus publicaciones sobre espiritualidad marcan nuevas líneas de creatividad. Su compromiso liberador con nuestra historia concreta, en medio de un mundo donde campea la injusticia y la opresión, vuelve a hacer presente el deseo del salmista cuando decía que “la justicia y la paz se besan”.

Su encarnación en el mundo de los pobres, tanto en Jayaque como en Las Palmas, mantenía la visión estructural del universitario preocupado por el cambio social. Por eso, desde sus posibilidades, apoyaba la organización para que los pobres lucharan solidariamente a favor de su propio desarrollo, impulsaba bibliotecas populares que facilitarían el avance en el conocimiento y la apertura de nuevas posibilidades de educación para quienes estaban marginados. Su esfuerzo constante por conseguir apoyos económicos, becas para jóvenes de zonas rurales marginadas, estuvo marcado por un deseo profundo de hacer el bien y por el dolor de ver que, a personas muy valiosas y talentosas, se les negaban las oportunidades que otros tenían, solo por ser pobres.

Fruto de su creatividad, surgió el proyecto de “la casa de la solidaridad”. Una casa en la que entre 25 y 30 jóvenes universitarios de las universidades jesuitas de Estados Unidos vienen durante un semestre a estudiar a El Salvador, conocen nuestra realidad y reflexionan sobre las responsabilidades del primer mundo, causante tantas veces de nuestra pobreza y urgido por el desafío de apoyar solidariamente a nuestros países. Jóvenes que, además, mientras estudian acá, ahorran lo suficiente para mantener cada uno de ellos una beca completa de un estudiante salvadoreño de zonas marginales, campesinas o urbanas. Y de este modo, al lado de los jóvenes norteamericanos, estudia también un número semejante de jóvenes salvadoreños que reciben, así mismo, un acompañamiento personalizado tanto en su vida comunitaria como en su vida personal y académica. Sumar voluntades y generosidades de colaboradores y colaboradoras de este proyecto fue uno de los grandes esfuerzos de “nuestro buen Dean”, como lo llamaba uno de sus compañeros de comunidad, el P. Ibisate.

Las escuelas de teología, prolongación y enriquecimiento de la teología universitaria de la UCA, presentes en muchas comunidades urbanas y cam-

pesinas, fue otro de los entusiasmos y empeños de Dean, que en un tiempo fue director de las mismas. Consciente de que la teología de la liberación era una fuente de espiritualidad adecuada para nuestras condiciones sociales, económicas y culturales de opresión, este jesuita ejemplar se multiplicó para extender las escuelas populares y para comprometer a los estudiantes de teología en esta labor, una labor seria y comprometida de acompañar a nuestro pueblo salvadoreño en la tarea de dar razón de su esperanza, una tarea que continúa la de monseñor Romero en un mundo donde el individualismo egoísta, la injusticia y la negación de la verdad tienen demasiado peso.

Cuando se le pidió que se hiciera cargo de la parroquia universitaria de la UCA, convirtió rápidamente los servicios parroquiales en fuente de solidaridad. La Eucaristía que presidía los sábados en la tarde se convirtió en un lugar en el que la Palabra y el Sacramento se historizaban proféticamente y solidariamente. La colecta se convirtió rápidamente en fuente de becas y de apoyo a otros trabajos pastorales en zonas marginales. Su generosidad no tenía límites y su dedicación lo mantenía con frecuencia al borde del agotamiento. Pero su ternura y cariño hacia el pueblo salvadoreño lo renovaba y sostenía en una perpetua alegría y cercanía humana.

Ese cariño y entrega al pueblo de El Salvador lo llevó a nacionalizarse salvadoreño, a pasarse de la Provincia jesuítica de Nueva York a la Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús y, finalmente, a querer morir entre nosotros y a que sus restos quedaran al lado de tantos jesuitas que desde el servicio permanente, muchas veces callado y humilde, fueron dejando sus vidas en suelo salvadoreño.

Hoy lo honramos con la medalla de la Universidad porque ha sido un ejemplo para todos nosotros. Ejemplo en su dimensión académica, como productor de pensamiento sólido, tan cristiano como humano y liberador. Ejemplo en su dimensión humana, como hombre generoso y sacrificado. Ejemplo como testigo de lo que es la inspiración cristiana de esta universidad, sabiendo hacerse pobre y sencillo con los pobres y humildes, y luchando a la par de ellos por una sociedad más justa y humana. En vida, no hubiera aceptado la medalla de la Universidad porque era humilde y se sentía con demasiadas cosas por hacer e impulsar en la vida. En muerte, se la damos porque su vida permanece entre nosotros, generando esperanza, entrega y seguridad en el triunfo de los justos.

Gracias Dean, que nos miras desde ese Reino de Dios que tanto deseabas que viniera a nosotros. Gracias a todos ustedes, que con su cariño y agradecimiento posibilitaron que Dean fuera lo que fue entre nosotros: un hombre bueno, un universitario ejemplar y una persona dotada de esa gracia y amor de Dios que, con toda claridad, podemos hoy llamar "santidad". Gracias Dean y gracias a todos los que lo apoyaron y siguen apoyando la mismas causas por las que él dio la vida.

San Salvador, 16 de noviembre de 2011